

SERMON

PARA EL VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

EL HIJO PRODIGO.

Peregre profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.

Se fué á un país éxtraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en exesos y desórdenes.

Luc. 15. v. 13.

La parábola del pródigo penitente es uno de los pasajes de la Escritura de mas consuelo para los pecadores; y como hoy intento manifestaros todas sus circunstancias, me parece necesario deciros desde luego qué fué lo que dió motivo á esta parábola.

Un gran número de publicanos y gente de mala vida, movidos de las palabras de gracia y de salud eterna que sa-

TOM. IV.—P. 21.

lian de la boca del Salvador, se habian apartado de sus desórdenes y seguian al Señor entre sus discípulos. Este celestial médico, que solamente habia venido para aquellos que tenian necesidad de ser curados, honraba sus casas con sus visitas, sus personas con su familiaridad y aun sus mesas con su presencia: tanta bondad no tardó mucho en escandalizar la soberbia de los escribas y fariseos, porque la falsa devocion siempre es cruel; de la íntima conexion que Jesucristo tenia con los pecadores tomaron motivo para murmurar, y de este modo de proceder inferian que era semejante á ellos en las costumbres; le desacreditan con el pueblo por aquella parte que mas debia granjearle el amor y estimacion, y le hacen pasar plaza de pecador y de hombre entregado á los regalos.

A unas calumnias formadas únicamente por la envidia, á una obstinacion tan indigna de los que eran tenidos por pastores del rebaño, y cuyo principal cargo era ofrecer sacrificios por los pecadores, solamente responde Jesucristo con tres parábolas, que todas contienen un mismo sentido y guian á una misma verdad.

Ya se presenta bajo la imágen de un Pastor que deja las noventa y nueve ovejas y corre en busca de una sola que se le habia descarriado; ya bajo la figura de una mujer que parece hace poco caso de las nueve piezas de plata que la quedaban, y busca con extraordinarios cuidados é inquietudes la décima que habia perdido; ya, finalmente, bajo el símbolo de un padre de familias, que habiendo perdido al mas jóven de sus hijos, á quien la libertad y desórdenes de la edad habian hecho andar vagando por regiones extrangeras, lleno de gozo al verle volver, le da unas señales de cariño que nunca habia dado á su hijo mayor, que siempre habia sido fiel. El fin de todas estas parábolas era dar á

conocer á los fariseos que la conversion de un solo pecador causa mas alegría en el cielo que la perseverancia de un gran número de justos, y que los mismos desórdenes que irritaron á Dios contra nosotros, mueven su clemencia y su piedad luego que ve en nuestros corazones un sincero arrepentimiento.

Para darnos, pues, en esta parábola una idea mas viva de su bondad para con los pecadores, nos refiere Jesucristo por menor los excesos y desórdenes en que las pasiones y la edad habian precipitado al pródigo. Nos le pinta atado con las cadenas de un vicio vergonzoso, y entre todos los pecados elige aquel que parece pone mayores obstáculos á su gracia y que deja en el alma pecadora menos esperanzas de arrepentimiento.

Para explicar, pues, hoy las intenciones del Salvador y animar á los pecadores que me oyen á una sincera penitencia con estas imágenes tan vivas y de tanto consuelo de la misericordia de Dios, os explicaré en la primera parte de esta homilía todas las circunstancias de los desórdenes del pródigo, y en ellas vereis lo que puede la fuerza de esta infame pasion en un pecador que se deja arrastrar de ella. En la última os manifestaré los cuidados del padre de familias en favor del hijo que ha parecido, y en ellos admirareis con mucho consuelo hasta dónde se extiende la bondad de Dios para con un pecador que se convierte á su Majestad.

El primer punto será el exceso de la pasion en los desórdenes del hijo prodigo: el segundo, los excesos de la misericordia de Dios en los cuidados del padre de familias.

¡Dios mio! purificad mis lábios, dadme unas expresiones puras para que pueda referir los excesos de un pecador lascivo sin ofender á la virtud, cuyo amor vengo á inspirar á

los que me oyen, porque aunque el mundo no conoce moderacion en este vicio, quiere no obstante que nosotros observemos mucha circunspeccion en el lenguaje con que le condenamos. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El vicio cuyas funestas consecuencias intento hoy manifestar, vicio tan universalmente esparcido en la tierra y que con tanto furor destruye la heredad de Jesucristo, vicio de que limpió al mundo la religion cristiana y que hoy ha prevalecido contra la misma religion, tiene ciertas propiedades que se advierten en la historia de los desórdenes del hijo pródigo.

Primeramente, no hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador; en segundo lugar, no hay vicio que despues de haberle apartado de Dios, le deje menos arbitrio para volverse á él: en tercer lugar, no hay vicio que le haga mas despreciable, aun á la vista de los hombres. Reparad en todas estas propiedades que se hallan en la historia del pecador de nuestro Evangelio.

La primera propiedad del vicio de que hablamos, es poner como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no dejar esperanza de conversion al pecador. Por eso el pródigo de nuestro Evangelio se fué desde luego á un país muy remoto, en donde no podia haber comunicacion entre él y el padre de familias: *Peregre profectus est in regionem longinquam.* A la verdad, en los demás vicios parece que el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos débiles. Hay vicios que respetan á lo menos la santidad del cuerpo y no fortifican sus desarregladas inclinaciones; hay otros que no derraman tan profundas tinieblas sobre el corazon y que

á lo menos permiten que pueda hacerse algun uso de las luces del entendimiento; finalmente, hay otros que aunque se apoderen del corazon, es de modo que no le quitan absolutamente el gusto para todo lo que pudiera volverle á Dios; pero la infame pasion de que hablo, deshonra al cuerpo, apaga la razon, hace insípidas todas las cosas del cielo, y levanta un muro de separacion entre Dios y el pecador, que parece le quita toda esperanza de poder volverse á unir con su Majestad: *Peregre profectus est, etc.*

Y primeramente, deshonra al cuerpo del cristiano, profana el templo de Dios en nosotros, hace que los miembros de Jesucristo sirvan á la ignominia, mancha una carne que se sustenta con su cuerpo y con su sangre; una carne consagrada por la gracia del bautismo, una carne que ha de recibir la inmortalidad y ha de ser conforme á la semejanza gloriosa de Jesucristo resucitado, una carne que ha de descansar en el lugar santo y cuyas cenizas esperarán al pié del altar del Cordero el dia de la revelacion, mezcladas con las cenizas de las vírgenes y de los mártires; una carne mas santa que estos augustos templos en donde descansa la gloria del Señor, mas digna de poseerse con honor y respeto, que los mismos vasos del santuario, consagrados á los terribles misterios que encierran. ¿Pues qué barrera no opone el oprobio de este vicio para que Dios vuelva á habitar en nosotros? Un Dios santo, en cuya presencia se tienen por impuros aun los mismos celestiales espíritus, ¿podrá nunca apartarse suficientemente de una carne cubierta de vergüenza y de ignominia? El ser la criatura polvo y ceniza seria bastante para que la bondad de Dios padeciese en humillarse hasta ella; ¿pues qué puede prometerse el pecador que junta á su nada y á su bajeza las

ignominias de un cuerpo infamemente deshonrado? *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

En segundo lugar, este vicio no solamente deshonra al cuerpo, sino que tambien apaga en el alma todas sus luces, y el pecador se hace incapaz de aquellas saludables reflexiones con que muchas veces se convierte una alma infiel. El pródigo de nuestro Evangelio, ciego ya con su pasion, no ve el daño que se le sigue en apartarse de la casa paterna, ni la ingratitud de que se hace culpable para con el padre de familias, ni los peligros á que se expone, queriendo él solo ser árbitro de su destino, ni el respeto á que falta yéndose á un país extraño sin el consejo y consentimiento de aquel á quien debe la obediencia y sumision que inspira la naturaleza, y así marcha sin ver mas de lo que le permite su pasion: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

Esta es la propiedad de esta desgraciada pasion; pone sobre el entendimiento una especie de nube; muchos hombres prudentes, sábios é ilustrados pierden repentinamente en este asunto toda su habilidad y toda su prudencia, y en un instante se borran todos los principios de su buen proceder, se forman un nuevo modo de pensar del que destierren todas las ideas comunes; sus pasos se gobiernan por una inclinacion impetuosa y no por la luz y por el consejo; se olvidan de lo que deben á los demás y de lo que se deben á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, á su obligacion, á su fama, á sus intereses y aun á aquellos respetos que tanto los detienen en otras pasiones, y al mismo tiempo que sirven de espectáculo al público, no se ven á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, y Amon pierde la vida y la corona por no haber podido vencer su injusta flaqueza; se ciegan en orden á la obligacion, y la precipi-

tada mujer de Putifar no se acuerda de que José es un esclavo, olvida su nacimiento, su reputacion, su vanidad, y nada ve en aquel hebreo mas que el objeto de su infame pasion; se oscurece su razon y David no tiene ojos para ver ni la fidelidad de Urías ni la ingratitud de que se va á hacer culpable para con Dios, que le habia levantado del polvo de la tierra para colocarle en el trono de Judá; luego que fué herido su corazon, se oscurecieron todas sus luces; se ciegan en orden á los peligros, y el hijo del rey de Sichern, sin atender á que expone la casa de su padre al justo sentimiento de los hijos de Jacob, roba á Dina, y solo cuida de contentar su pasion; se ciegan en orden al honor, y los dos viejos de Susana no atienden ni á lo venerable de su edad, ni á la gravedad de su carácter, ni al puesto que ocupan en Israel; arrastrados de su deplorable fragilidad, no conocen la indecencia ni se avergüenzan de su misma confusion; se ciegan en orden á las conversaciones del público, y Herodías no repara en tener á todo un reino por testigo de su infamia y su flaqueza; finalmente, se ciegan aun en orden á la indignidad del objeto que los cautiva, y Sanson, no obstante la experiencia que ya tiene de la perfidia de Dalila, no deja de confiarla su secreto y su amor. De este modo, ¡oh Dios mio! castigais las pasiones de la carne con las tinieblas del entendimiento; vuestra luz no alumbrá á las almas adúlteras y corrompidas, cuyo insensato corazon se oscurece: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

Finalmente, esta deplorable pasion pone en el corazon un disgusto invencible para las cosas del cielo. Nada hay que pueda moverle; cansado de sus propias miserias, quisiera algunas veces volverse á Dios y todo le aparta de su Majestad y le vuelve contra sí mismo; un fatal disgusto se

apodera de él y le sepulta en sus propias flaquezas, y acostumbrado á no gozar mas que unos deleites injustos, desfallece y no halla en sí movimiento alguno para la virtud.

Aun mas; no gusta de cosa alguna que no esté señalada con el infame carácter de la sensualidad; las obligaciones de la sociedad, las funciones de su empleo, el honor de su dignidad, los cuidados domésticos, todo le cansa, todo le es insípido, menos su pasión. Baltasar no cuida del gobierno de sus pueblos, ni sabe qué el enemigo que está ya á las puertas de su capital le ha de quitar al dia siguiente la corona y la vida. Salomon tiene mas cuidado de edificar templos profanos á los dioses de las mujeres extranjeras, que de aliviar á sus pueblos oprimidos por sus profusiones con el peso de las cargas públicas. Los hijos de Helí desprecian las funciones del sacerdocio. La mujer de Babilonia, entregada á las delicias, dice en su corazón: Solamente quiero dejarme adorar, y para mí no habrá cuidados ni pesares: *Sedeo Regina. . . . et luctum non videbo.*¹ La mujer de quien se habla en los Proverbios no puede sufrir el estar en el recinto de su casa; la presencia de sus propios criados la es molesta: *Nec valens in domo consistere pedibus suis.*² De aquí proviene el ocuparse solamente en aquellas cosas que se dirigen á fomentar el apetito; en los espectáculos profanos, en la leccion perniciosa, en las armonías lascivas y en las pinturas obscenas. Herodes no halla gusto sino en las danzas y festines. Salomon multiplica los conciertos, y en todo su palacio resuenan cánticos de sensualidad y regocijo; Manasés pone en el mismo templo del Señor las imágenes de sus infames deleites. Este es el carácter de esta

1 Apoc. 18. v. 7.

2 Prov. 7. v. 11.

pasión; ocupa el corazón todo entero, y en nada le deja pensar sino en ella; trae al hombre embriagado y fuera de sí; todos los objetos le representan sus funestas imágenes, todo aviva sus injustos deseos; el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas serias, aun el mismo templo, los sagrados altares y los misterios terribles se los traen á la memoria; todo es impuro, como dice el apóstol, para el que es impuro: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

Pero si no hay vicio que mas aparte al alma de Dios, tampoco le hay que deje menos recurso para volverse á su Majestad despues de haberse una vez apartado de él. Segunda propiedad de esta pasión y segunda circunstancia de los desórdenes del prodigio: *Disipó toda su hacienda en desórdenes*, dice Jesucristo, y despues que la habia disipado sobrevino una grande hambre en aquella region: *Dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose.* Disipó todos sus bienes, los de la gracia y los de la naturaleza.

La pérdida de la gracia es el comun efecto de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante; no solo priva al pecador de aquella justicia que le hacia amigo de Dios, sino que borra los dones del Espíritu Santo hasta en su raíz. La fe, aquel fundamento de todos los dones y basa del sér cristiano, se trastorna inmediatamente en el corazón del pecador impúdico. De la disolucion á la impiedad hay muy poco camino; para sosegar el pecador en orden á los remordimientos de una vida desarreglada, se persuade fácilmente que todo muere con el cuerpo; sacude inmediatamente el yugo de la creencia comun, dejándose arrastar del apetito, y muy presto se forma máximas de libertinaje: en el principio sus disoluciones provenian de flaqueza, pero luego son fundadas en la impiedad; los deleites